

La historia militar de Aragón en la Edad Antigua: el Ebro y el Pirineo

Guillermo Fatás Cabeza (*)

1. PREÁMBULO

Sería burdo reducir la historia militar de la Antigüedad en lo que hoy es Aragón a su historia bélica, que no es difícil de resumir. Desde la Prehistoria, en la que carecemos de cualquier noticia que no sea la representación de algunos personajes armados con arcos o venablos en las paredes de abrigos rupestres, hasta la aparición de fuentes griegas no hay datos concretos. Cuando los autores grecorromanos comienzan a suministrar noticias lo hacen de forma imprecisa. Que hubo contingentes de guerreros, sobre todo célticos, en estas tierras desde fecha temprana no admite discusión. Combatieron, incluso, como mercenarios (lo que no suponía deshonor) para potencias mediterráneas en tierras de Sicilia. Más aún: tanto en las sociedades de cultura ibérica, más o menos autóctona como en las de raigambre indoeuropea y, entre ellas, las célticas, los ideales de las aristocracias dirigentes fueron ideales de combatientes.

Los restos arqueológicos, sean escenas pintadas en vasos o monumentos sepulcrales, no dejan lugar a discusión. El varón libre alcanza su expresión más admirable, según esas mentalidades, cuando se convierte en un guerrero capaz y esforzado. Es casi seguro que las aristocracias varoniles estuvieran organizadas en torno a ideales agonísticos y que, además de integrarse en los grupos de parentesco formados en torno a la estirpe, formasen agrupaciones de carácter ritual y cerrado, fraternidades guerreras con ritos y cultos especiales, hecho que ha podido demostrarse en la Céltica gallega y que no debe

(*) Catedrático de la Universidad de Zaragoza y director de la institución «Fernando el Católico» (Academia General Militar).

ser excluido en el Ebro medio. Disponemos de algún resto muy explícito, como el monumento de La Vispesa (Binéfar, Huesca) y de lajas sepulcrales repletas de lanzas y caballos de monta, así como de la serie de monedas locales que muestran en docenas de ciudades-estado a un guerrero montado y, por tanto, aristocrático, como signo político predilecto de la autonomía política.

Pero la historia militar y bélica de la Antigüedad aragonesa debe exponerse a partir de informaciones concretas entre las que descuellan, naturalmente, las batallas que constan en los viejos escritos y entre las que se encuentran algunas de relevante importancia para la historia regional, hispánica y romana.

En el año 219-218 a. C., el asedio cartaginés de Sagunto fue el *casus belli* de la más famosa de las guerras de Roma: la de Aníbal o II Guerra Púnica. Durante la misma, las bases logísticas de Aníbal, puesto que la flota romana bloqueaba la vía entre Cartago, Sicilia y el *Mezzogiorno*, quedó en Hispania a cargo de su hermano Asdrúbal Barca. El Senado evaluó bien la circunstancia y decidió, a pesar del costo que iba a suponerle, abrir un segundo frente al otro lado del Tirreno. En el año 218 a. C. se producía el desembarco de los primeros contingentes legionarios en el único punto seguro de que Roma disponía en el litoral de Hispania, jamás pisado por sus tropas: Ampurias. Cuando no quedó un guerrero púnico en la Península y la guerra se ciñó al África, llegaron las campañas contra los pueblos hispanos que, con distintos paréntesis, acabaron por ser sometidos después de doscientos años de presencia legionaria. No es menester detenerse en lo que vino más tarde, puesto que se trata de acciones militares o de guerra que deben entenderse en el marco de la Historia universal de Roma y que apenas tienen nada de específico: me refiero a las primeras presencias de pueblos germanos a mediados del siglo III de la Era y a un segundo momento de lo mismo, a partir del año 472, que es cuando cruza los Pirineos la primera expedición formal de tropas godas que ocupa, en pocas semanas, Pamplona, Zaragoza y los territorios dependientes de ambas ciudades, lo que supone el control de todo el Valle del Ebro y tierras aledañas. Son hechos de sencilla comprensión, por una causa no muy evidente y que deseo subrayar mucho, porque en esa causa-fundamento todo lo que, a partir de ahora, voy a exponer. Y, naturalmente, a pesar de su enunciado, no se trata de una verdad de Pero Grullo: lo que ocurra en la Cuenca del Ebro, en términos militares, es relativamente predecible *si se sabe qué son el Ebro y los Pirineos*. Espero que estemos de acuerdo en esta especie de axioma o postulado inicial.

Pues bien: en mi opinión, y es lo que intentará mostrar, durante el largo período de unos doscientos años, en que estas tierras hoy de Aragón se integran en el dominio de Roma, nadie supo cabalmente cómo eran y, por lo tanto, cómo «funcionaban» geoestratégicamente el Ebro y la Cordillera Pirenaica. Examinados los hechos de guerra, en los que cristaliza el conjunto de los saberes militares, se aprecian incoherencias que no encuentran explicación razonable si no se parte de que los grandes generales y estadistas de Roma, al

menos hasta tiempos de Augusto, ya en el cambio de Era, no sólo no tuvieron una idea ajustada sobre el Ebro y su gran dispositivo de cuenca y sobre el gran espinazo alpino de los Pirineos, sino que, además, las ideas que tuvieron fueron erróneas. En una palabra: que no se podía contar con un mapa correcto de las grandes unidades de relieve y, si se me apura, ni aun con un perfil correcto de la masa continental europea en Occidente.

2. LOS PIRINEOS, FRONTERA RECIENTE

La frontera entre Hispania y la Galia la forman los Pirineos. Pero tal hecho político no existe con anterioridad a Pompeyo (año 73-72 a. C.) y, así y todo, de forma parcial. La confirmación irreversible de la frontera política se produce, tras numerosos avatares, en la Paz de los Pirineos firmada por las monarquías española y francesa mediado el siglo xvii. Entretanto, la Corona de Aragón (y, antes, la monarquía franca) había demostrado que el ámbito pirenaico oriental era del todo permeable, del mismo modo que el *continuum* lingüístico vascoaquitano lo demostraba en el occidental. Y aun en los Pirineos centrales, más herméticos, las largas relaciones feudales entre Toulouse, el Bearne y el Reino de Aragón subrayan bien el carácter contingente de una demarcación con fundamento orográfico que empezó a constituirse sólo en tiempos de Sertorio, en un proceso lento y poco homogéneo. La larga presencia romana en Hispania no supuso la identificación de los Pirineos con un hecho fronterizo. Transcurrió al menos siglo y medio hasta que la posibilidad fue percibida por la República. Sólo entonces Roma comenzó a vislumbrar que Hispania y la Galia podrían constituir demarcaciones político-administrativas netamente diferenciadas. Contra lo que es opinión común, ni la construcción de la vía Domicia ni la fundación de *Narbo Martius*, Narbona, pusieron las cosas en claro. Durante varias generaciones, después de logrado el enlace continuo por tierra entre Italia y la costa de Hispania, los gobernadores de la *Hispania Citerior* mantuvieron la jurisdicción sobre buena parte del *Midi*, al menos hasta los años 80 a. C.

La República no concibió planes que tuvieran como objetivo el control o dominio unitario del Pirineo, ni por el norte ni por el sur. Los Pirineos occidentales y las costas atlánticas de Aquitania meridional y del País Vasco español, respectivamente, fueron imaginados como los dos lados de un ángulo recto. Las acciones romanas en los Pirineos fueron esporádicas e intermitentes durante un largo período, siempre como operaciones marginales o complementarias de empresas militares con objetivos externos a la zona. No hubo coordinación entre las acciones emprendidas en la vertiente gala y en la ibérica. De ahí se derivó, entre otras consecuencias, el mal conocimiento de detalle del poblamiento de las comarcas del Pirineo. Tan deficiente que aún no somos capaces de situar con seguridad a pueblos como los andosinos y los

a(i)renosios. Todavía bajo Augusto se creía que la distancia entre el Rin y el Vístula era menor que la existente entre el Rin y los Pirineos.

3. LOS PIRINEOS, MAL CONOCIDOS

Roma no dotó al Pirineo de vías longitudinales porque creyó no necesitarlas, lo que ha tenido gran peso histórico, sobre todo en la vertiente hispana, más difícil y accidentada. A medida que fue penetrando hacia Poniente, siempre para resolver problemas coyunturales, dispuso comunicaciones en sentido Norte-Sur (aunque creía hacerlo de Este a Oeste). Los pasos practicables que llevan de una a otra vertiente son abundantes. En los repertorios romanos se alude al costero de Cerbere y Port Bou; al heracleo del Col del Pertús y Figueras, a poca distancia del litoral (treinta millas), que se integró en el dispositivo de las vías Domicia y Augusta; al del Col de la Perxa (Percha), entre el Tet y el Segre (usado por César antes de la batalla de *Ilerda*); Canfranc, sobre Jaca (*Summus Portus*), que luego formó parte de la vía de *Caesaraugusta* a *Beneharnum*; Roncesvalles (mejor, Lepoeder), con el *Imus Pyrenaeus*, en la vía *Caesaraugusta* - *Pompelo* - *Burdigala*; y Bayona.

A mediados del siglo II a. C. se cree que los Pirineos discurren según los meridianos. El error aparece en Polibio (XXXIV 7.4) y sentó criterio de autoridad. Plinio lo corrigió en su «Historia Natural» (IV 110), pero de modo confuso, pues en otro lugar acepta el tópico (III 6; 22), y también parece estar en lo correcto Ptolomeo (II 6.11). Empero, el acierto no se difundió y, en seguimiento de Polibio, cabe señalar a Estrabón (III 4.6) y Mela (II 85). La opinión de Estrabón es significativa, puesto que estableció, en su «Geografía», un sólido tópico corográfico y, en lo referente al N. de Iberia, basado en un buen conocimiento de las fuentes directas: pudo manejar las nuevas informaciones llegadas a Roma a raíz de las campañas cesarianas y augústeas y beneficiarse de las mediciones de Agripa, que pasaban por cuidadosas.

La extensión de los Pirineos fue sobrevalorada, lo cual pudo tener consecuencias disuasorias para el Estado Mayor legionario. Posidonio, fuente de Diodoro Sículo en V 35, les asigna 3.000 estadios (más de 500 km.) y Trogo Pompeyo (en el epítome de Justino, XLIV 1.9), 600 millas romanas (esto es, unos 4.800 estadios), probablemente porque incluye en la cuenta la Cordillera Cantábrica, como hicieron otros. Los datos hacen suponer que desde Catón hasta Agripa y los primeros seis años de las Guerras Cántabro-astures se creyó en el decurso Norte-Sur, según un esquema que distorsionó la visión del extremo de Europa en un tiempo en que tenían mucha más importancia las cartografías itinerarias que las de representación real del suelo. La Roma de Augusto creía que Iberia estaba al Oeste (no al Sur) de la Céltica y que el Pirineo y el Rin eran casi paralelos. En consonancia: la costa atlántica de Hispania era paralela al Pirineo.

4. DESCUBRIMIENTO DEL EBRO Y LOS PIRINEOS

4.1. Catón

El primer descubridor de gran relevancia es Marco Porcio Catón, el famoso Catón. Cartago ya ha sido vencida. Roma ocupa Hispania y la dificultad es mayor de lo previsto, por su extensión, desconocida, por tratarse de la primera experiencia a gran escala de tipo ultramarino y por la variedad y multiplicidad de grupos, etnias, lenguas y pueblos indígenas. De forma excepcional, uno de los dos cónsules de la República del año 196 a. C. es destinado a hacerse cargo de la situación. Los libros narran bien las campañas de Catón en Hispania. Nos interesa aquí subrayar que dejaron fama especial cuatro acciones, entre otras, su ingeniosa toma de Jaca; el avistamiento que hizo, fuera de la cuenca del Ebro, de una ciudad desconocida que sería dramáticamente famosa más de medio siglo después (Numancia); una añagaza diplomático-militar por la que logró, según su testimonio, la demolición simultánea por los propios indígenas de los amurallamientos en un gran número de poblados y ciudades a lo largo del río; y, por último, una información realista sobre las características del Ebro que, desde entonces, fue conocido más o menos en su auténtica envergadura, pues ya se supo que nacía entre los cántabros, Catón logró, en suma, advertir los emplazamientos y límites de los pueblos hispanos interiores con los que Roma tendría que pugnar. La frontera entre lo ibérico, lo céltico y lo vascónico era un punto del mayor interés y a controlarla obedecieron acciones como las de Terencio Varrón, once años después, en torno a un río (*Gallicus*), que lleva directamente a dos pasos pirenaicos practicables: el de Portalé, en el Valle de Tena, y el *Summus Portus* (Somport), en el curso alto del río Aragón. El propósito de los primeros gobernadores de la *Citerior* no fue la comunicación transpirenaica, sino resguardar eficazmente el Valle del Ebro y la costa septentrional catalana de amenazas norteñas. Catón dejó explorado el territorio entre la Sierra del Cadí y la Canal de Berdún, pero no se internó en los Pirineos, a cuyos pobladores no suponía, por su escasez y dispersión, amenaza relevante.

A las campañas de Catón siguieron otras, de menos importancia, como la del 184 (en Bardenas y Cinco Villas) y las conocidas guerras contra los celtíberos, que fueron implacables, cruentas y continuadas, sobre todo, aunque no sólo, hasta la caída de Numancia en el 133 a. C. En todas ellas, la clave de la retaguardia legionaria fue el control directo del Ebro Medio. Creo que esa fue, en suma, la principal herencia militar del año catoniano, mucho más allá de sus victorias particulares: saber por dónde discurría el Ebro. El conocimiento de las posiciones relativas de lugares como *Oscá*, *Calagurris*, *Ilerda* y *Salduie* (Zaragoza) fue, desde entonces, cosa adquirida y que obró de modo muy eficaz en favor del dispositivo militar romano.

Desde entonces Roma no necesitará ocuparse de los Pirineos, que ni plantean problemas militares ni tienen interés económico o estratégico: la cinta del

valle se controla pronto en perjuicio de los pueblos célticos, que pierden fulminantemente las orillas del río, la Celtiberia del Ebro. El Ebro central, donde lo ibérico concluye (en *Salduie*, Zaragoza) y tiene su asiento el comienzo de Celtiberia, es la base imprescindible para la conquista de ésta. Roma plantó un hito urbano avanzado en *Graccurris* (Alfaro, 178, a. C.) y actuó desde el *Hiberus*: los pueblos del Pirineo no fueron ya mencionados. En convertir los Somontanos pirenaicos y del Sistema Ibérico en territorios neutralizados estribó la tarea más perspicaz del año catoniano en la *Hispania Citerior*. Roma, además, está entonces comprometida en grandes guerras contra Macedonia y Seleucia, a las que se añadirán las hispánicas entre 154 y 133, simultáneas con importantes problemas en Oriente, el aniquilamiento de Cartago, la anexión del Asia pergamena, la intervención en los conflictos entre Seleucia y Egipto, el control definitivo de las grandes islas (inclusa la conquista de Baleares por Metelo) y la victoriosa guerra sobre los celtas de la Cisalpina. Las exploraciones en Hispania, escasas si no siguen el curso de una guerra, apuntan al Finisterre (Bruto Galaico, 137). Cuando Roma someta por completo a los celtas cisalpinos y a los celtíberos comenzará a vislumbrarse lentamente el sino de los Pirineos, que quedan como un gran hueco enhiesto entre dos territorios romanos entre los que debe garantizarse la comunicación.

4.2. Sertorio

Ninguna de las guerras posteriores, muchas, largas y enconadas, aportó novedad de tanta sustancia hasta los tiempos de las guerras civiles entre romanos que tuvieron como escenario relevante las tierras hoy aragonesas. Intentará expresarlo en pocas palabras: tanto la Guerra de Sertorio, que puso en jaque al Senado de Roma durante diez años, como la llamada Batalla de *Ilerda*, choque de larga duración y de alcance estratégico entre dos grandes masas complejas de combatientes, mandadas por César y por dos generales de Pompeyo, respectivamente, supusieron, las dos, el conocimiento de algo más que la situación del Ebro: la del Pirineo. Y ese hecho se debe, en mi opinión, precisamente a Quinto Sertorio. Su comprensión correcta de lo que era la Cordillera Pirenaica le dio una ventaja estratégica de primer orden durante largo tiempo y le permitió conducir victoriosamente una guerra desigual casi hasta la victoria final, que no pudo obtener. De ese conocimiento ya no se desprendió Roma. Y se vio, en consecuencia, obligada en las dos generaciones siguientes a intentar algo que, con anterioridad, no se había imaginado ni propuesto: el control de la región montañosa entre La Junquera y el Bidasoa.

El inicio triunfal del alzamiento de Sertorio y la creación de bases hispánicas mantenidas durante un decenio no repercutieron sólo al sur del Pirineo. Muchas poblaciones de la Galia (en Provenza y Aquitania) se vincularon al rebelde *popularis*, que generó alzamientos en la región de Narbona y arrastró

a la lucha a pueblos enteros de la Galia, como los volcas, alóbroges y voconcios. Cruzó los Pirineos, hacia Hispania, en el año 83-82, burlando al gobernador Valerio Flaco y ya no dejó de utilizar la cordillera para impedir la llegada de los refuerzos que enviaba el régimen de Sila. Este cuidado de Sertorio queda patente en Estrabón (que leyó a Posidonio y Asinio Polión), quien señala el territorio de los jacetanos (Ἰακκετανοὶ) como escenario de la lucha. En el 77, la situación en la Galia meridional era alarmante. El Senado reaccionó en consonancia y Pompeyo actuó contra esos pueblos, de camino a Hispania.

Por primera vez, las dos vertientes del Pirineo aparecieron juntas, orgánicamente, ante los ojos del Senado. El alzamiento mostró que no bastaba controlar los pasos orientales: el Pirineo era una amplia brecha cruzada a voluntad por los rebeldes, a quienes se unieron pobladores del Pirineo norte, en Aquitania meridional y Gascuña, así como poblaciones del área cántabro-pirenaica (del Pirineo *lato sensu*) que guerreaban por primera vez directamente contra el Senado y sus generales, como se desprende de los datos de César (*De bello Gallico*, III 23.3-5, 26.6), que probablemente alude con ello a las poblaciones occidentales de los Pirineos y de la Cordillera Cantábrica. Sertorio desplazó el centro de interés hacia el Ebro medio y alto. Sus bases principales en el área fueron la céltica *Calagurris* y *Osca*, puerta meridional del Pirineo central y de sus pasos. Es probable que el primer general romano que los atravesase fuese Lucio Manlio, que vino en ayuda de sus colegas, con poco éxito, ya que sufrió derrotas en Hispania y en la Galia debiendo volver a cruzar los Pirineos, probablemente por el Somport y Gascuña. Sólo asunto de tanto relieve hizo que, por vez primera desde Aníbal, los Pirineos pasasen al primer plano militar. Sertorio utilizando el Pirineo vacío, intentaba el alzamiento general de la Transalpina e interrumpir las comunicaciones con Italia añadiendo a ello un dispositivo de bloqueo naval.

La revuelta se había extendido rápidamente al litoral y Pompeyo hubo de dedicarse a recuperar esa zona de retaguardia para contar con una base que le permitiera enfrentarse a Sertorio con un dispositivo logístico mínimo. Necesitó para ello apoyar su acción en las tropas romanas de la Transalpina (Fonteyo) y de la Hispania Ulterior (Metelo), para poder operar directamente en los Pirineos y cortar el flujo montado por Sertorio entre las dos vertientes de la cadena. Convenció a algunos pueblos hispanopirenaicos de las ventajas de su causa y, notoriamente, a los vascones o vascónes, que por vez primera aparecen en un relato histórico. La posible fundación romana y, en todo caso, la dedicatoria de la ciudad de éstos a Pompeyo, glosada por Estrabón, es un episodio sobresaliente en la historia hispana. Más que de un mero patrocinio parece tratarse de una especie de *devotio* colectiva. De ese momento datará el comienzo del apogeo político y territorial vascón, pues es la cooperación vasca la que salva de la inanición invernal a las legiones del Senado. Lo que explica bien que, al poco (en las *Tablas* de Ptolomeo), aparezcan asignados a los vascones territorios celtibéricos (*Calagurris* y, en general, el llamado *ager*

Vasconum) e ibéricos (*Iaca*), esto es, de pueblos filoserterianos. Su cooperación con el procónsul fue decisiva en el triunfo sobre Sertorio y sus aliados celtibéricos.

Pompeyo obtuvo una victoria estratégica y hubo, para ello, de operar en ambos lados de la montaña. Vióse con claridad que no podía controlarse la situación en Hispania si no se dominaba la comunicación con la Galia. Pompeyo invernaó tanto en Hispania como en la Galia en años sucesivos aunque su lucha principal se desarrolló en Hispania. La amistad vascona hizo ociosa la ocupación legionaria de los pasos occidentales y la derrota de los iacetanos entregó a Roma el control de los puertos centrales de la cordillera: al menos, el del Palo, en Siresa. Desde el triunfo de Pompeyo la suerte de los Pirineos estuvo echada. Los trofeos que erigió en ambos extremos de la cadena (en el Pertús y, probablemente, en Urculu) muestran que comprendió el alcance del hecho, que había hallado un nuevo *finis terrae*, el modo de Hércules o Alejandro. Las campañas de César en la Galia, hasta el 27, no afectaron en nada a las poblaciones pirenaicas, pero el mando romano ya valoraba el dilatado hecho pirenaico. En el 56, César monta un dispositivo de operaciones que incluye la cláusura del Pirineo en su recorrido por territorio hostil: se acantonan por vez primera tropas romanas en Aquitania (ribera izquierda del Garona, por el Agenés), bajo el mando de Craso.

Su actuación logró el control de *Aquis Tarbellicis* (Dax), que se sumó a *Pompelo* y *Lugdunum Convenarum*. Con esos tres puntos de apoyo, los pasos pirenaicos centro-occidentales quedaban vigilados por la legión y no ofrecían peligro: la frontera occidental de la Narbonense estaba protegida y delimitada; ya era posible la comunicación continua entre Narbona y el Atlántico, por el norte de la cadena, y entre la costa mediterránea de Hispania y *Pompelo*, por el sur. La costa cantábrica quedó para la siguiente generación, al igual que las vías norte-sur entre el Ebro, el Bearn y Burdeos.

En suma: la acción romana sobre el conjunto pirenaico no comienza antes del 79-78. Y la integración definitiva de los Pirineos en el dominio político de la República tiene como protagonista inicial a Pompeyo. Por un lado, pacta con los vascones y crea *Pompeilum-Pompelo*¹; y, por otro, funda *Lugdunum Convenarum* (Saint-Bertrand-de-Comminges), con los restos de los ejércitos indígenas derrotados. Ésos son los pivotes principales de la integración pirenaica, falta de estudio general. Con estas dos ciudades, los Pirineos quedaban ceñidos de cerca por su parte más lejana y desconocida.

¹ Significa «Pompeyópolis», «Ciudad de Pompeyo», como aclara Estrabón III.4.10: «Υπέρκειται δὲ τῆς Ἰακκηταυρίας πρὸς ἄρκτου τὸ τῶν Οὐασκῶων ἔθνος, ἐν ᾧ πόλις Πομπέλου, ὡς ἂν Πομπηϊόπολις. «Más lejos de los Iacetanos, al interior, hacia el Norte, está el pueblo de los vascos, con Pompeyo, es decir, Pompeyópolis.» El pacto de amistad romano-vascón contra Sertorio supuso que las legiones no ocuparan la Navarra media y alta: a eso se debe la supervivencia del vascoense.

A partir de ahí, si se me permite la expresión, la suerte militar de Aragón y, en general, de todo el cuadrante NE de España quedó determinada para siempre mientras la guerra se desarrollase con medios convencionales. Pero ello, insisto, no sucedió sino en estas fechas relativamente tardías y en función de este fenómeno de desconocimiento, tan prolongado, o de conocimiento erróneo, debe estudiarse la historia militar hispánica durante esos doscientos años.

4.3. Agripa y el régimen de Augusto

Estrabón de Amasia, que vivió en la Roma de Augusto, es el primero cuyas descripciones del Ebro se conservan. Definió a la Península como una *piel de toro*, cuyo cuello miraba al Este, y creyó que el Pirineo y el Ebro iban de Norte a Sur, en ángulo recto con el Cantábrico. La raíz occidental del Pirineo estaba, según ello, cerca del sur de Britania. Esta visión del cuadrante noreste de Iberia (Hispania, para los romanos), determinó la tardía fundación de Zaragoza, precedida en treinta años por la *Colonia Victrix Julia Celsa* (Velilla de Ebro), que desapareció bajo Claudio. Una de las razones de la tardía comprensión de la realidad espacial de Hispania fue el interés romano por los mapas de tipo itinerario, más atentos a registrar distancias correctas que no a la topografía. La combinación del Ebro con el Pirineo fue «comprendida» plenamente por Roma a causa de las guerras contra cántabros y astures, desarrolladas bajo Augusto y dirigidas por Agripa. Entraron en juego el río (Catón), la cordillera (Sertorio) y Aquitania y el Atlántico (César). Hubo que controlar el curso superior del Ebro y con soldados procedentes de esa campaña y nacidos en Italia se fundaron ciudades como Mérida y Zaragoza. Las campañas de Agripa y la fundación de Zaragoza en el centro del Ebro y controlando los caminos del Gállego (*Gallicum*, río de la Galia) y del Jalón, el Ebro y su Valle adquieren definitivamente su papel constante en la Historia, así como el control de Irún desde Navarra (y, luego, tras la conquista, desde el propio litoral). Nunca, de todos modos, lo midieron bien: Plinio (s. I) le asigna 665 km. y Ptolomeo (s. II), 450. Era rico en peces y navegable hasta Logroño.

El Pirineo Central fue recorrido y controlado en una campaña poco conocida, la de Domicio Calvino en el año 39 a. C. Fue contra los cerretanos, cuyo territorio no había producido inquietud a Roma durante largo tiempo (si se acepta que vivían sólo en la Cerdaña). Pero los cerretanos poblaban gran parte del Pirineo central (no sólo del oriental). Estrabón (III.4.11) y Plinio (III.4.21) lo dicen claramente ².

² Se entiende mejor si se les lee juntos. La idea de Plinio es que los cerretanos se extendían a lo largo del Pirineo hasta los vascones (*perque Pyrenaeum Cerretani, dein Vasones*) y la

El nuevo régimen de Augusto necesita instaurar la *pax Romana*. No podían tolerarse *pacatae provinciae*, provincias teóricamente pacificadas, como Hispania y Galia, separadas por cordilleras sin control y capaces de dar sorpresas (es, igualmente, la situación de los Alpes). En pocos años se habrán resuelto ambos casos. En el 29 a. C., Mesala Corvino pacificó ciertos núcleos montañoses de la Aquitania pirenaica.

Bajo los auspicios de Augusto, en una de cuyas provincias actuaba, las operaciones de Marco Vipsanio Agripa, su amigo íntimo, colaborador militar y yerno, fueron contundentes y calculadas. Se le encomendó el control de la cornisa cantábrica, incluido el País Vasco y la seguridad de las estribaciones occidentales del Pirineo, en función del papel reservado a *Oiasso* y al Bidasoa y a la retaguardia romana en las guerras que dirigió (hay muestras de actividad de las legiones *IV Macedonica*, *VI Victrix* y *X Gemina* en el Subpirineo navarro-aragonés y de estas operaciones nacería la ciudad desde donde Roma desarrollaría en el futuro su irradiación y su control sobre toda la región centromeridional del Pirineo: César Augusta). En las guerras cantábricas fue importante la marina, que necesitaba bases en las Landas (establecidas por César y Bruto) y en la costa cantábrica oriental. Las acciones de Calvino y Corvino (simultáneas éstas a la Guerra Cántabra e inmediatamente anteriores a la dirección personal de la guerra por Augusto, en el 26) sólo tuvieron, pues, que ser redondeadas. El Pirineo, al fin, era romano. La Galia e Hispania estaban, por vez primera, netamente divididas por una demarcación administrativa. Roma pudo trazar su gran red rutera gala y la primera colonia romana del Ebro, *Celsa*, fundada en tiempos de César, fue sustituida, desde el más exacto conocimiento del mapa, por la que sería, desde entonces, la capital militar del cuadrante NE de Hispania: Zaragoza, bautizada en honor de Augusto y una ciudad romana de ese nombre.

5. BREVE COROLARIO: *E. PLVRIBVS VNVM*

La fragmentación étnico-política de Hispania era extraordinaria. También la de la Cuenca del Ebro, desde el nacimiento cántabro del río hasta su desembocadura ilergavona. Este mosaico sólo adquirió carácter unitario en torno a la gran vena fluvial a partir de las conquistas de Augusto en el siglo I de la Era. Con anterioridad no puede hablarse de la Cuenca ni del Valle como un elemento vertebrador conscientemente utilizado por ningún poder político. Fue, simplemente, un camino natural.

La extraordinaria diversidad del poblamiento en el Ebro Medio convierten a este espacio en el único de la Península en el que confluyen las tres grandes

de Estrabón, que ocupaban una buena porción de territorio y que eran «de estirpe ibera», en sentido de autóctonos (Τὰ δὲ μέσα περιέχει καλῶς οἰκείσθαι δυναμένους αὐλώνας. ἔχουσι δ' αὐτοὺς Κερρηταῖοι τὸ πλεόν, τοῦ ἰβηρικοῦ φύλου).

áreas lingüístico-culturales y étnicas de Hispania. Por un lado, los *pueblos indoeuropeos*, fundamentalmente célticos: suesetanos, titos, belos, lusones, turboletas, lobetanos y celtíberos, en general. Por otro, los *pueblos ibéricos* del llano, como sedetanos, ilergetes e ilergavones, adaptados a la cultura mediterránea, y los pueblos ibéricos montañoses, como los cerretanos del Sobrarbe y la Ribagorza y, probablemente, los iacetanos. En tercer lugar, el *pueblo vascón*, probablemente origen principal de lo vasco, aunque no poblaban los territorios del País Vasco, sino la Navarra media y alta. Su lengua tiene parentesco, no sabemos de qué grado, pero profundo y notable, con la de los pueblos ibéricos a cuyo ámbito, genéricamente, pertenecía.

Tras la quiebra de la autoridad romana hay que esperar más de siete siglos para que surja una unidad política de cierta envergadura construida en torno al curso del Ebro. Tal fue el papel que históricamente correspondió a Alfonso I el Batallador. La mayoría de edad territorial que con él alcanza Aragón hacen del Reino, para el resto de las Edades Media y Moderna, un protagonista inevitable de cualquier articulación política de España.

Con el tiempo la administración romana utilizó eficazmente el valor estratégico de la Cuenca del Ebro. Durante los siglos I y II de la Era, el centro del Valle, Caesar Augusta, rigió administrativamente territorios que incluían Pamplona, Lérida, Jaca y la conexión del Noreste con el centro peninsular (hasta Alcalá de Henares). En el Bajo Imperio, la nueva provincia Tarracense, de tamaño más reducido, desgajadas las de Galecia y Cartaginense, vino a coincidir con la Cuenca.

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN, F. (1984): «Problemas en torno al comienzo de la II Guerra Púnica». *V Col.loqui Internacional d'Arqueologia, Puigcerdá (infra)*, pp. 147-171.
- BELTRÁN, F. (1986): «Introducción a las bases arqueológicas del Valle medio del Ebro», *Homenaje a A. Beltrán, Zaragoza*, pp. 495-525.
- BRAEMER, F. (1981): «Le commerce des matériaux d'architecture et de sculpture de part et d'autre de la chaîne des Pyrénées...», *106 Congrès national des Sociétés savantes (Archéologie), Perpiñán*, pp. 57-72.
- CAMPMAJÓ, P.; UNTERMANN, J. (1988): «Les gravures rupestres schématiques linéaires de la Cerdagne française», *VI Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá*, pp.317-339.
- CARO, J. (1988): *Sobre el mundo ibérico-pirenaico*, San Sebastián.
- CASTELLVÍ, J.; NOLLA, J. M. y RODÁ, I. (1992): «Els trofeus de Pompeu i l'altar de Cèsar de Panissars», *Roma a Catalunya* (M. MAYER, ed.), Barcelona, pp. 22-25.
- DEYBER, A. (1987): «La guérilla Gauloise pendant la guerre des Gaules (58-50 a. C.)», *Études Celtiques, XXIV*, pp. 145-185.

- FATÁS, G. (1980): *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza). II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza.
- FATÁS, G. (1982): «A quién engañó Sertorio cuando cruzó el Pirineo», *4rt Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdá, pp. 235-238.
- FATÁS, G. (1987): «Notas sobre el territorio vascón en la Edad Antigua», *Veleia*, 2-3; Vitoria, pp. 383-398.
- FATÁS, G. (1989): «Los vascones y su territorio», *Historia de España. 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a. C.)*, Madrid.
- FATÁS, G. (1992): «Los Pirineos meridionales y la conquista romana», *Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la P. Ibérica. Colonia 1989*, Salamanca, 1992, pp. 289-315.
- FATÁS, G. (1993): «Para una etnogeografía de la cuenca media del Ebro», *Paleoetnología del Valle del Ebro*, rev. *Complutum*, Madrid, pp. 223-232.
- FATÁS, G. (1995): «De com els Pirineus esdevingueren frontera», *Muntanyes i Població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària*, Andorra, 1995, pp. 157-169.
- GORROCHATEGUI, J. (1984): *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Vitoria.
- GORROCHATEGUI, J. (1987): «Situación lingüística de Navarra y alrededores en la antigüedad a partir de las fuentes epigráficas», *I Congreso General de Historia de Navarra*, 2, Pamplona, pp. 435-445.
- GOUDINEAU, C. (1980): *Histoire de la France urbaine* (G. DUBY, dir.), París.
- GUYÓN, J. (1992): «Saint-Bertrand-de Comminges - Valcabrère. *Lugdunum, civitas Convenarum*», *Colloque Aquitania 1990*, Burdeos, pp. 140-145.
- HATT, J. J. (1970): *Histoire de la Gaule Romaine*, París.
- MAGALLÓN, M. A. (1987): *La red viaria romana en Aragón*, Zaragoza.
- NICOLET, C. (1988): *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, París.
- OLDFATHER, C. H. (1961): *Diodorus Siculus*, Londres-Cambridge (Ma.).
- PADRÓ, J. (ed.) (1984): *V Col.loqui Internacional d'Arqueologia. Hannibal Pyrenaeum transgreditur. XXII Centenari del pas d'Annibal pel Pirineu. 218 a. J. C.-1982 d. J. C.*, Puigcerdá.
- PERÉX, M. J. (1986): *Los vascones. El poblamiento en época romana*, Pamplona.
- PERÉX, M. J. y UNZU, M. (1987): «Notas sobre la posible localización de Iturrisa», *I Congreso de Historia General de Navarra*, Pamplona, pp. 553-562.
- RIVET, A. L. F. (1988): *Gallia Narbonensis. Southern France in Roman Times*, Londres, 1988.
- RODDAZ, J. M. (1984): *Marcus Agrippa*, Roma.
- SAYAS, J. J. (1984): «El poblamiento romano en el área de los vascones», *Veleia*, 1, Vitoria, pp. 289-310.

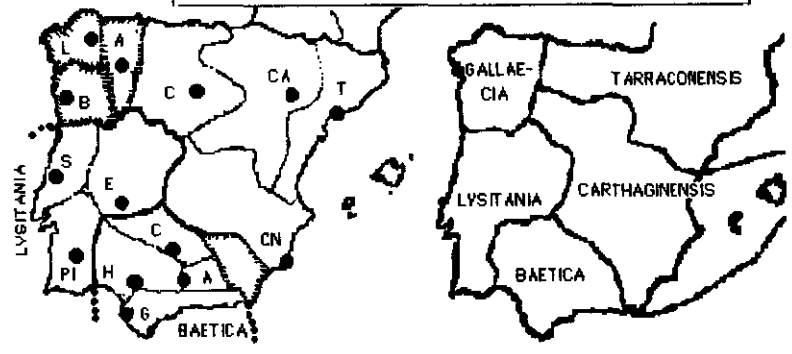
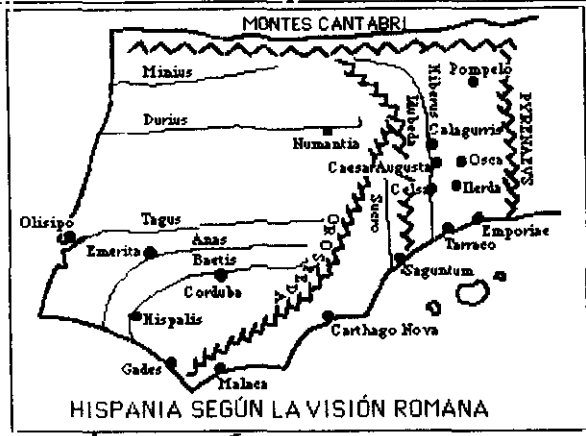
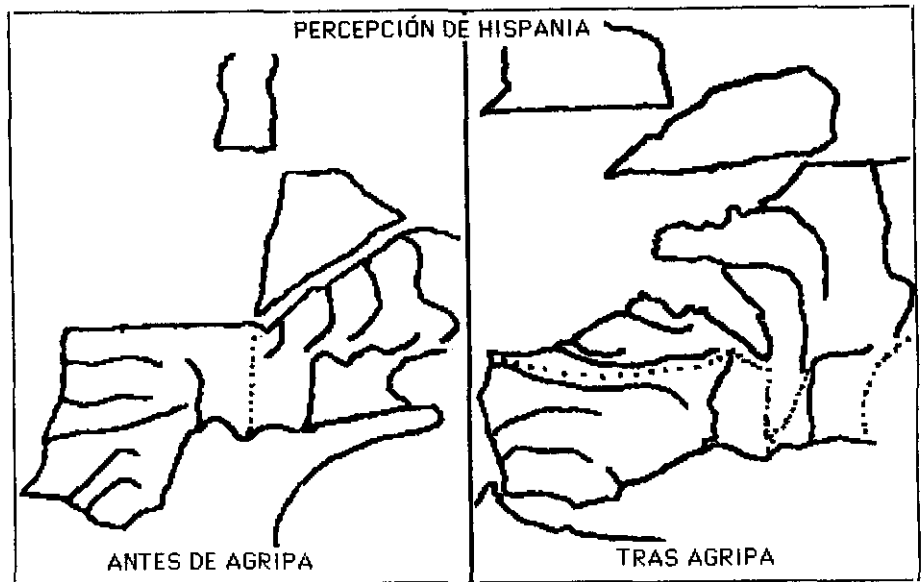
- SCHAAD, D. y VIDAL, M.: «Orogines et développement urbain des cités de Saint-Bertrand-de-Comminges, d'Auch et d'Eauze», *Colloque Aquitania 1990*, Burdeos, pp. 211-221.
- TOBIE, J. L. (1982): «Le Pays Basque Nord et la romanisation (I^{er} s. avant J. C. - III^e s. ap. J. C.)», *Bulletin du Musée Basque 95*, Bayona, pp. 1-36.
- UNTERMANN, J. (1980): «Les inscriptions préromaines et la langue indigène du Roussillon», en *Ruscino. Château-Roussillon, Perpignan...*, París, pp. 103-106.

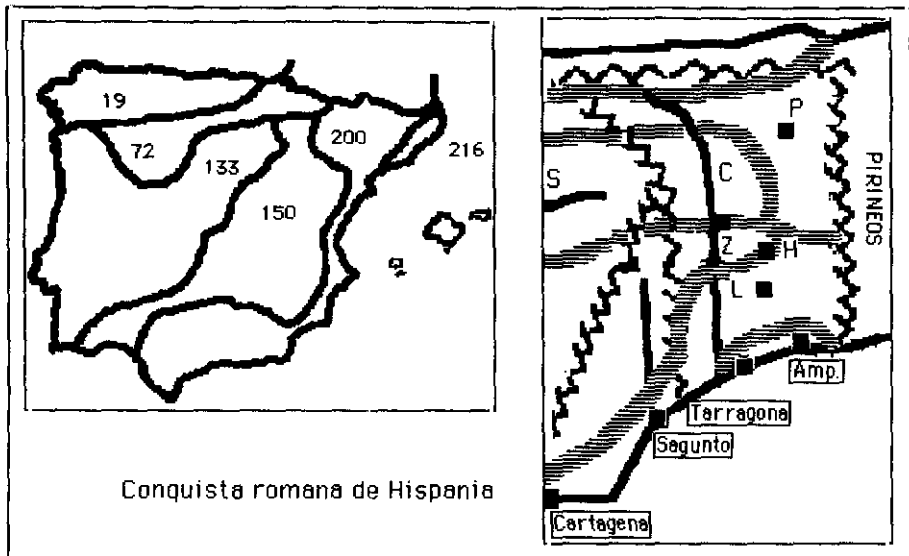
PRINCIPALES SUCEOS BÉLICOS EN LA CUENCA CENTRAL
DEL EBRO. EDAD ANTIGUA. CRONOLOGÍA

- 206 Resistencia ilergete en el Ebro oriental.
- 196 *Catón explora la Cuenca del Ebro y el Prepirineo*. Toma de Iaca.
- 188-187 Victoria de L. Manlio en *Calagurris*. *El Ebro celta (celtíberos)*, controlado por la República.
- 179 Tiberio Sempronio Graco derrota a los celtíberos del área del Moncayo. Pacificación momentánea de la zona.
- 154 Comienzo de la *Guerra Celibérica*. Sublevación de los belos (*Segeda* = Belmonte de Gracián, Zaragoza).
- 152 Marco Claudio Marcelo somete a *Nertobriga* (probablemente, entre Riela y La Almunia de Doña Godina).
- 143-142 Alzamiento de Olónico: acciones romanas en el Bajo Jalón y el Huerva.
- 133 Toma de Numancia: *fin de la Guerra Celtibérica*. Control romano del alto Duero y margen izda. del Ebro.
- 90 Caballería hispana del Ebro Medio combate junto a las legiones en el Adriático (Piceno).
- 83-72 *Guerra Sertoriana* contra el régimen ultraconservador de Lucio Cornelio Sila.
- 77-76 Sertorio toma *Bilbilis* (Calatayud), *Bursao* (Borja), *Cascantum* (Cascante) y *Graccurris* (Alfaro). Establece una especie de capitalidad provisional en *Bolsacan* (*Oscá* = Huesca). Controla todo el Ebro Medio con apoyo de los celtíberos. Fomenta rebeliones en el Pirineo galo. A comienzos de invierno, arrinconada al numeroso ejército de Pompeyo, falta de munición de boca. Los vascones acogen a Pompeyo. Nace *Pompei-ilun* (*Pompelo* = Pamplona = «Ciudad de Pompeyo»).
-

PRINCIPALES SUCEOS BÉLICOS EN LA CUENCA CENTRAL
DEL EBRO. EDAD ANTIGUA. CRONOLOGÍA *(continuación)*

- 75-74 Contraofensiva victoriosa de Pompeyo. toma *Bilbilis*.
- 73 Sertorio pierde la Celtiberia del Jalón y el Moncayo. Controla *Calagurris, Osa e Ilerda* (Lérida).
- 72 Sertorio, asesinado en *Osc*a por su lugarteniente Perpenna. *El Ebro, bajo control del Senado*. Funda con los celtas vencidos *Lugdunum Convenarum* en la Galia (St. Bertrand de Comminges). Roma controla los dos extremos del Pirineo, aunque no el interior de la cadena. El Ebro, filopompeyano.
- 49-45 *Guerra civil* entre Pompeyo y César. Gran parte de las tropas de ambos se hallan en Hispania.
- 49 Victoria estratégica de César en la larga *batalla de Ilerda* (Segre y Ebro).
- Aprox. 44 Lépido, lugarteniente de César, funda la *Colonia Lepida* (Velilla de Ebro), primera ciudad romana del Valle.
- 19-14 apr. Agripa, lugarteniente de Augusto, funda la *Colonia Caesar Augusta* con veteranos de las GG. Cántabras. Los primeros zaragozanos soon soldados de las legiones IV Macedónica, VI Victoriosa y X Gemela.
- S. III d. C. A mediados de siglo, la irrupción germana en Tarragona obliga a reamurallar Zaragoza.
- 449 Revueltas de bárbaros locales: muere el obispo de *Turiaso* (Tarazona). Tropas sin control y guerreros suevos del rey Requiario asolan el Ebro medio en incursiones violentas.
- 472 El conde Gauterio, godo, toma Pamplona, Zaragoza y sus territorios. *El Ebro, bajo control visigodo*.
- 541 Los dinastas francos Childeberto y Clotario asedian Zaragoza. Regresan a Francia sin tomarla.
- 630-631 El ejército visigodo depone al rey Suíntila y proclama a Sisenando en Zaragoza.
- 653 Froya, un godo rebelde, al mando de contingentes vascones, asedia Zaragoza sin éxito.
- 672 El rey Wamba, tras luchar con los vascones, atraviesa el Ebro para reprimir una sublevación en Septimania.
- 714 Tropas musulmanas toman Saraqusta (Zaragoza) sin resistencia. *El Ebro, bajo control islámico*.
-





Conquista romana de Hispania

